

Fe de erratas

La agitación rural frente a sus límites

Marc Badal

Es un autoengaño por parte de filósofos y moralistas creer que para salir de la decadencia es necesario hacerle la guerra. El salir de la decadencia está más allá de sus fuerzas: lo que consideran remedio, tabla de salvación, no es en sí mismo sino otra máscara de la decadencia – cambian su expresión, pero no abren ninguna salida.

(El ocaso de los ídolos, Nietzsche)

Los fantasmas de la razón progresista han salido del armario y saturan el ambiente con un irrespirable consenso sostenible. Los dispensadores de recetas sociales, obligados a teñir su discurso con las distintas gamas del verde, improvisan todo tipo de combinaciones en busca de tratamientos eficaces para superar la crisis multidimensional que atraviesa nuestra civilización y, en este apresurado intento, cada vez son más los que dirigen su atención hacia lo rural.

Frente al desvarío de una sociedad basada en la concentración del poder y de la población en crecientes polos urbanos, la vuelta a una economía de base agraria se está convirtiendo en uno de los tópicos más recurrentes en el mercadillo ideológico de lo alternativo: desde los grandes relatos que anticipan futuras sociedades ecológicas y autoorganizadas, hasta los más comedidos que simplemente se limitan a exhortar a la audiencia a que abandone la ciudad¹.

La pereza intelectual que rezuman todas estas fórmulas mágicas no sería tan inquietante si no fuera porque el público, ante un horizonte que convierte en impensable cualquier posibilidad de perpetuar el mundo que ha conocido, no solo está dispuesto sino que necesita desesperadamente aferrarse a cualquier argumento que le permita eludir esta evidencia. De poco sirve advertir que el anuncio de la catástrofe es un instrumento al servicio de la dominación², pues es tan sorprendente como descorazonador constatar que una gran mayoría de nuestros contemporáneos sigue esperando y exigiendo respuestas; y a ser posible La respuesta. Como si la historia del s.XX no se hubiera empeñado en mostrarnos repetidamente qué les sucede a las grandes soluciones y a todos los que las anhelan y las padecen³.

La producción planificada de insatisfacción eleva a su máxima expresión el gusto por lo exótico. Empapados por una sed de cosas⁴ patológica, esperamos encontrar la serenidad que nos niega nuestra cotidianidad en lo que está fuera de nuestro alcance; y ante la banalidad de una existencia encauzada y previsible, lo otro -siempre y cuando no llame a la puerta de forma impertinente- aparece iluminado por una seductora aureola de autenticidad.

Es por ello que en un mundo empequeñecido por el conjunto de dispositivos técnicos que eliminan las distancias físicas al mismo tiempo que imposibilitan cualquier tipo de proximidad, es difícil encontrar un lugar tan evocador como el medio rural. Mientras el turismo de masas sigue alimentando la curiosidad por descubrir nuevos lugares, el agroturismo plantea la irresistible oportunidad de viajar en el tiempo, de trasladarnos a la época que sucumbió bajo la losa de la modernidad. Esta es una de las claves que explican la vertiginosa expansión de una actividad nacida de las políticas de erradicación agraria, también conocidas como desarrollo rural, y que simboliza exactamente la transición a una sociedad y una cultura plenamente urbanizadas.

Una vez consumada la liquidación del mundo campesino, el lugar que ocupaba aquella compleja realidad social ha sido colmado por un reclamo propagandístico en el que lo rural ya no rima con trabajo extenuante, chismorreos, analfabetismo, beatería o caciquismo, sino con saludable longevidad, solidaridad entre iguales, sabiduría ancestral, sostenibilidad ecológica y libertad individual.

La idealización *naïf* de esta imagen de lo rural, que poco o nada tiene que ver con la realidad que precisamente oculta, se ha extendido de tal modo que ya no es patrimonio exclusivo de las familias de clase media que embutidas en sus coches de lujo colapsan las salidas de las ciudades los fines de semana. Siguiendo la estela de los *narodniki*, algunos críticos sociales y bastantes activistas desencantados con su experiencia de lucha en la ciudad han visto el campo como un lugar donde la radicalidad política sumida en su propio naufragio podría refugiarse e intentar materializar las expectativas revolucionarias hasta el momento defraudadas. Por desgracia, durante los últimos cincuenta años, la histórica división entre campo y ciudad se ha venido abajo, y no precisamente a causa de una síntesis liberadora de dos realidades a menudo enfrentadas, sino por el hundimiento simultáneo de lo urbano y lo rural⁵.

Hoy en día, el estilo de vida en el medio rural es una réplica defectuosa del que se lleva en las grandes aglomeraciones metropolitanas y, desde que las actividades agrarias dejaron de ser la espina dorsal que vertebrara aquellas sociedades, su economía, su cultura y su manera de ver el mundo, lo que hasta hace poco identificábamos con la morada de gentes pintorescas que se dedicaban afanosamente al trabajo de la tierra se ha convertido en un territorio suturado por instalaciones logísticas que permiten el flujo ininterrumpido de mercancías (incluidas las que adoptan una forma humana). A medida que la ordenación territorial a escala planetaria desplaza la producción de alimentos hacia otras latitudes, el vacío que deja tras de sí la desagrarización se va colmando con distintas actividades industriales rechazadas por la ciudadanía y por la obtención de materias primas con mayor aceptación en los mercados: etanol y aceites carburantes, kilowatios eólicos y fotovoltaicos, celulosa, piensos modificados genéticamente o jardines residenciales donde la población urbana se regala unos días de descanso y disfruta de las vistas que se esconden tras los polígonos industriales o las centrales térmicas. No existe un afuera; extramuros se extiende un vasto espacio confinado.

Bajo el ascendente de la nueva cultura universal, la cartografía social enmudece y una *terra incognita* en expansión borra hasta el mínimo rasgo de diferenciación con el que poder orientarse. Los miserables del mundo han adoptado los gustos y los anhelos de sus históricos explotadores, el paisaje acondicionado de la separación y el desarraigo desplaza el mosaico cultural que los pueblos dibujaran sobre la tierra, la frontera entre el dominio público y el privado⁶ languidece ante la administración técnica de la vida. Cualquier gesto de alteridad que reivindique la voluntad de permanecer aislado es asimilado por la opaca marea de uniformidad que se esconde tras la retórica de la participación incluyente y el respeto a la diversidad.

Ningún tiempo ha sido tan malo para buscar un lugar de reposo, un resguardo. Las palabras con las que aprendimos a pensar nos impiden comunicar lo que vivimos y, por si eso no bastara, todo parece indicar que no podemos esperar gran cosa de lo que está por llegar.

No es de extrañar, pues, que tras abandonar los dogmas de toda religión -incluida la tecnocrática-, en su búsqueda desesperada de alguna respuesta que alivie su malestar existencial, algunas personas continúen recurriendo al placebo revolucionario para encarar sin demasiados sobresaltos el funesto panorama que se les plantea. Ahora bien, cuando se trata de pensar en algo propositivo, de poco nos sirve el maniqueísmo barato de la crítica social al uso, puesto que en algún momento nos vemos obligados a negociar con nuestras propias contradicciones: ¿Cuántos antidesarrollistas recalcitrantes tolerarían una existencia de la que se hubiera eliminado cualquier rastro de producción insostenible a largo plazo? Un mundo sin quirófanos, sin trenes de cercanías, sin electricidad, etc.

Aborrecemos todo lo que nos han enseñado a codiciar, no creemos en las verdades que nos han obligado a respetar y nos rebelamos ante las incesantes muestras de degradación humana, empezando por las propias; pero somos incapaces de imaginar cómo y en qué dirección deberíamos dar el primer paso.

...

¿Qué hacer? La rotundidad con la que este interrogante sintetiza en dos palabras la absoluta desorientación de quienes, precisamente, nos consideramos dotados de una visión más lúcida sobre la situación actual supone una anomalía conmovedora en el lenguaje desahuciado de la época.

Ante el vacío que despliega, son muy pocos los que se contentan con asomarse a la ventana de la historia de los perdedores para tratar de comprender cómo hemos llegado hasta aquí y reconocer, de paso, que nuestra generación no ha sido capaz de inventar nada nuevo. Por el contrario, lo habitual es que las respuestas se limiten a enunciar de forma más elaborada pero no menos grotesca el clásico 'a grandes males, grandes remedios', y la buena acogida que reciben estos amasijos elaborados a base de eslóganes y conceptos fetiche parece confirmar que el mecanismo físico en que se fundamenta el diseño de los instrumentos musicales de cuerda es perfectamente aplicable a los programas políticos alternativos: la resonancia que alcanza el mensaje emitido es proporcional a la vacuidad del cuerpo -en este caso teórico- desde el que se emite.

La indigencia de este mesianismo altermundista no se revela tanto en su falta de rigor, sino en que su empeño por anticipar el paraíso post-capitalista pase por alto el hecho de que no tiene sentido ponerse a desbrozar los caminos que supuestamente nos conducirán a una existencia menos embrutecida, sin haberse tomado previamente la molestia de encarar los problemas que surgen cuando intentamos traducir nuestras brillantes ideas en acciones concretas.

Reflexionar sobre la práctica implica adoptar una mirada poliédrica que, aparte de intentar perfilar el horizonte al que orientamos nuestros pasos, obliga a abordar aspectos tan prosaicos y urgentes como el de la situación en la que pretendemos intervenir y su previsible evolución, los objetivos operativos a corto y medio plazo, las motivaciones que nos mueven y, por lo tanto, el carácter que adoptarán nuestras iniciativas, la priorización de las acciones a realizar, la forma de organizarnos y las alianzas que podemos establecer, los límites que enfrentan nuestras capacidades, la reelaboración de los planes en función de contingencias propias y ajenas, los conflictos internos y los que nos enfrentan a las instituciones contra las que actuamos, la evaluación constante de nuestros éxitos y fracasos, la transmisión de los aprendizajes acumulados a las personas que se van incorporando al grupo, etc.

Toda persona que haya conocido el ambiente viciado de los espacios políticos antagonistas sabe que una aproximación de tales características es algo que suele brillar por su ausencia. De hecho, para muchas almas cándidas que parecen no haber reparado en que el derroche y la mala factura son dos de los rasgos que mejor caracterizan el sistema que dicen estar combatiendo, la voluntad por hacer bien las cosas es percibida como algo sospechoso. La cultura del *Do It Yourself* hace estragos cuando la mera chapucería es identificada como algo inherentemente rupturista y transformador; aunque de todos modos, no es la dejadez el principal impedimento de cara a normalizar procesos de reflexión colectiva mínimamente ambiciosos sino la falta de honestidad y humildad.

En el caso de los proyectos rurales autogestionados, los centenares de personas que los han conocido de primera mano pueden dar fe de que la imagen robinsoniana de unas experiencias ejemplares que han logrado emanciparse del entramado económico industrial a través de la autoproducción y la reducción del consumo no acaba de encajar con la realidad. En general, la supuesta autonomía económica se traduce sencillamente en el cultivo de una huerta, el cuidado de cuatro animales domésticos y el aprovechamiento de algunos recursos locales como el agua y la leña. Pero incluso estas actividades (por no hablar de la reconstrucción de las viviendas, el transporte o la obtención de la electricidad) dependen por entero de materiales y herramientas

procedentes del sistema productivo del que pretenden desvincularse; lo cual evidencia que la desconexión económica y la minimización de los gastos monetarios son meros espejismos.

Es cierto que un sector de esta nueva población rural se toma bastante en serio las consecuencias sociales y ecológicas de sus hábitos de consumo, pero basta con echar un vistazo a la despensa (o al carro del supermercado) de muchos 'neorurales', a los bares que frecuentan o a las fiestas que organizan, para constatar que la disminución en el uso de mercancías prescindibles o directamente nocivas no es una constante; y que cuando esto sucede, no es debido a una cuestión de consumo crítico sino, simple y llanamente, a la falta de dinero.

Otra de las falsas creencias relacionadas con estos proyectos es la que nos habla del enriquecimiento personal que experimentan las personas que participan en ellos. Es evidente que el aprendizaje de múltiples oficios, el conocimiento del entorno natural o el aliciente que supone descubrir que uno es capaz de llevar a cabo un sinfín de tareas útiles favorecen el desarrollo de determinadas habilidades, estimulan la creatividad y refuerzan una autoestima acostumbrada a arrastrarse por los suelos. Pero no es menos evidente que instalarse en el campo no tiene nada que ver con el tránsito a un estadio de vida moralmente superior capaz de inmunizarnos frente al lúcido veneno de Sileno. Las carencias emocionales propias de quien ha sido educado en esta sociedad enferma no desaparecen con un simple cambio de escenario, como tampoco lo hacen las conductas o los miedos más vergonzantes.

La necesidad de enfrentarse por uno mismo a un amplio abanico de problemas técnicos acaba haciendo del más torpe un buen manitas, lo cual no es poco si tenemos en cuenta que la extrema especialización en la que se basan el sistema educativo y el mercado laboral lo que crea son expertos que fuera del acotado ámbito para el que han sido configurados se encuentran completamente desvalidos. Pero si tales condiciones de vida son idóneas para crear artesanos solventes y polifacéticos, la experiencia nos dice que difícilmente pueden dar lugar a verdaderos maestros o grandes artistas.

Sin duda, no es a base de tratados de hermenéutica o nocturnos de Chopin que se reconstruyen casas ni se consiguen buenas cosechas, pero si el intenso ritmo de trabajo no convirtiera el cansancio físico y mental en algo crónico, tal vez podrían dedicarse más esfuerzos a la reflexión y al estudio de aspectos que trascienden lo estrictamente práctico y que probablemente contribuirían a reforzar la acción de estos grupos.

...

El movimiento centrífugo de la gran ciudad impide que cualquier realidad externa se introduzca en el radio de influencia delimitado por su rotación acelerada. Por ello, los que tratan de sobrevivir en ese tiovivo endemoniado, concentrados como están en no perder el equilibrio, a duras penas pueden percibir, y mucho menos comprender, lo que sucede fuera del vórtice urbano.

Para los que entienden que la ciudad es el campo de batalla donde se determinan las condiciones sociales venideras, el medio rural es un lugar donde no sucede nada y las personas que han decidido vivir en aquel entorno petrificado, una pandilla de escapistas epicúreos que en el momento más crítico han abandonado la barricada para ir a plantar lechugas.

Ante este clásico *ritornello* insurreccionalista, los aludidos se limitan a recordar que buena parte de los revolucionarios urbanos ni siquiera se han parado a pensar en la íntima relación que vincula sus estrategias de supervivencia económica y su estilo de vida con el mantenimiento del despotismo capitalista y del control estatal.

Lo más triste en estas eternas y gratuitas discusiones para determinar si lo prioritario es dejarse la piel tratando de minar las bases del orden establecido o dejársela en la construcción de alternativas no es la falta de originalidad o la simplicidad de los argumentos esgrimidos, sino la facilidad con la que cada cual encuentra las excusas idóneas para justificar sus incoherencias. Sin

embargo, lo que cuesta un poco más, es reconocer que ni los colectivos que prefieren dedicarse a las tareas de demolición, por expresarlo de manera excesivamente generosa, nos han conducido a la antesala de la ruptura social, ni los que se enfrascan en proyectos autogestionarios han reforestado el desértico paisaje que nos rodea con sus vástagos comunitarios... Nos gusta pensar que la presión psicológica que atormenta la existencia de la gran masa social es incapaz de penetrar la personalidad fortificada en la que nos atrincheramos, pero parecemos no darnos cuenta de que la pose tantas veces ensayada ante el espejo autorreferencial no logra disimular la molesta evidencia de que nuestra necesidad de consuelo sigue siendo tan insaciable como siempre.

No puede negarse que muchas de las personas que han decidido irse al campo básicamente se dedican a mantener su burbujita bien limpia y confortable, pero cuando nos referimos a las que entienden su opción de vida como una especie de militancia cotidiana a través de la experimentación de nuevas formas de vida y trabajo colectivas, es difícil alinearse con los guerrilleros urbanos que minusvaloran esta vía de transformación social. Lo cual no significa obviar las limitaciones de unos proyectos que solo en contadas ocasiones consiguen superar la esfera doméstica y asumir tareas políticas de denuncia y resistencia.

En un entorno rural, generar dinámicas emancipadoras, por muy subliminales que sean, no es precisamente un asunto trivial. Cualquiera que se plantee instalarse en el medio rural con intenciones políticas del tipo que sean debería tener en cuenta que las relaciones con el grueso de la población local suelen ser escasas y superficiales, cuando no directamente frías y hostiles. Por más que pase el tiempo, alguien que llega de fuera no dejará de ser un forastero, y si comete la torpeza habitual de expresarse o comportarse como lo haría en el mundo del que procede, puede estar seguro de que el estigma grabado en su frente se convertirá en una barrera insuperable.

Establecer una relación mínimamente cordial con algunas personas del lugar no requiere hacerse una lobotomía, pero sí desarrollar grandes dosis de habilidad social, actuar con suma perspicacia y recurrir a inevitables verdades a medias. Si los recién llegados muestran interés por la historia local pueden llegar a comprender mejor el comportamiento de los paisanos y ganarse su simpatía; si doblan el lomo a conciencia, tal y como ellos han hecho toda la vida, su respeto; si les piden consejo sobre determinadas labores, otorgándoles una autoridad que jamás nadie les ha atribuido, su aprobación; y si participan en los rituales de la comunidad como ir al bar o implicarse en las fiestas locales, su reconocimiento como miembros de la vecindad.

Que esto llegue a suceder depende de la distancia cultural entre los foráneos y los lugareños, de la predisposición al acercamiento por ambas partes y de una serie de acontecimientos que configuran y van alterando sucesivamente el frágil equilibrio sobre el que se asientan las relaciones entre estos colectivos y el resto de vecinos.

Una de las situaciones que, precisamente, pone a prueba este equilibrio inestable es la irrupción en el horizonte cercano de un conflicto social, pero incluso en aquellos casos en que la población se vuelca en la protesta, deberá obrarse con cautela a la hora de plantear determinados tipos de resistencia si lo que se pretende es trabajar conjuntamente, pues conseguir que las sinergias entre ambos sectores superen las diferencias no es, en absoluto, algo que pueda darse por descontado. Si por el contrario, la comunidad local no se levanta en bloque para rechazar o demandar determinado asunto -cosa muy probable-, estos nuevos vecinos deberían saber que si se embarcan en la protesta -cosa todavía más probable-, prácticamente lo único que conseguirán será granjearse unas cuantas enemistades.

Los colectivos que se plantean una acción radical desde lo rural acaban buscando en los llamados movimientos sociales agroecológicos la comprensión que les niegan tanto sus antiguos compañeros de lucha como sus actuales vecinos, pero la ilusión por haber encontrado un espacio

donde poder realizar sus expectativas termina tan pronto como se dan de bruces con los estrechos límites de este nuevo nicho político.

En determinados proyectos autogestionados a escala regional como bancos de semillas, redes de producción y consumo u organizaciones de pequeños agricultores, la ideología es algo que subyace bajo unos objetivos eminentemente prácticos, lo cual facilita 'trabajar en la diversidad'. Ahora bien, cuando se estima necesario o apropiado coordinarse de cara a un trabajo de movilización o agitación social, ineludiblemente aflora el poso ciudadanista que sustenta el entorno agroecológico. Quienes decidan integrarse en la dinámica de este movimiento, recientemente rebautizado como movimiento por la soberanía alimentaria, deben rebajar los niveles de exigencia a la hora de buscar complicidades aunque no su capacidad de indignación, pues este ejercicio de acercamiento, por muy saludable que resulte de cara a revisar las propias convicciones, entraña el riesgo de acabar apoyando, e incluso reproduciendo, las aspiraciones posibilistas de las organizaciones que colman este espacio político.

Teniendo en cuenta todas estas dificultades, es comprensible que a falta de un motivo que lo justifique, estos colectivos opten por recluirse en fortines identitarios. En este sentido, los grupos asentados en el medio rural tampoco escapan a las leyes físicas que describen y permiten predecir la trayectoria de las partículas que integran el universo del antagonismo social: la huida hacia adentro y la atomización.

El número reducido de experiencias y la coexistencia de distintos foros de encuentro son dos de los impedimentos con que han topado los intentos para crear redes entre proyectos rurales afines⁷, pero seguramente el mayor escollo para la construcción de un espacio político propio deba buscarse en el interior de cada uno de estos colectivos. Es ilusorio pensar que una coordinación netamente política pueda cristalizar cuando los grupos que muestran más interés en ello, ya sea por el bagaje activista de algunos de sus miembros o por determinadas circunstancias como amenazas de desalojo o luchas antidesarrollistas locales, son incapaces de integrar la agitación social como parte de sus tareas cotidianas⁸. Es innegable que la falta de tiempo o el aislamiento geográfico no facilitan este proceso, pero si la acción política desde estos grupos es tan escasa, en buena medida se debe a que gran parte de sus integrantes no han llegado a comprender que las transformaciones sociales no surgen de una simple agregación de cambios individuales.

Con razón se argumentará que el funcionamiento asambleario y la autoorganización constituyen un acto político de por sí. Ahora bien, quienes se acomodan tras esta pantalla de autocomplacencia harían bien en recordar que darle la espalda a la sociedad no parece la mejor manera de incidir en ella, y que si estas experiencias vienen a ser los faros que alumbran el camino de futuras iniciativas, no estaría mal sacarle un poco de brillo a sus espejos, no vaya a ser que de tan tenues, nadie alcance a ver sus señales.

...

Desde que la crítica a la modernidad se ha convertido en un lugar común, la cuestión a resolver ya no es si la sociedad industrial se acerca a su colapso, sino cómo interpretar los signos que lo anuncian y qué actitud adoptar ante un vuelco civilizatorio que en los entornos políticos antagonistas nadie pone en duda.

Mientras un pequeño sector de la radicalidad, convencido de que cuanto peor, mejor, contempla el desahucio en curso con la despreocupación y la pasividad de quien espera el comienzo de una fiesta; el resto de activistas y críticos sociales, impacientes por naturaleza, se afanan en la construcción de alternativas que les permitan afrontar en la mejor situación posible el derrumbe del orden social imperante y que, a ser posible, contribuyan a precipitarlo.

Lo desconcertante de su postura no es que la necesidad de posponer indefinidamente la hiriente

pregunta de por qué dedican su vida, o parte de ella, a la lucha política, les obligue a creer que esta puede desempeñar un papel, aunque sea muy secundario, en este proceso histórico. Este tipo de conjeturas son tan discutibles como respetables. Lo que verdaderamente llama la atención es que el análisis que hacen de la situación les lleve a identificar en las iniciativas que vienen promoviendo una constatación de que, efectivamente, algo se está removiendo en los cimientos de la sociedad y que, precisamente, el origen de tales sacudidas hay que buscarlo en la actividad de los movimientos sociales y los colectivos políticos en los que participan.

Llevado al paroxismo, este punto de vista es capaz de confundir la incorporación de los asuntos ecológicos en las agendas gubernamentales o la expansión de la agricultura ecológica con un esclarecimiento generalizado del sentido común o una toma de conciencia sobre las perversas consecuencias del sistema alimentario mundial. Sin embargo, lo más frecuente, y también lo más problemático, no son estos casos delirantes sino las expresiones más templadas, y por lo tanto no tan fáciles de detectar, de esta distorsión cognitiva que podría denominarse optimismo compulsivo. Un estado de conciencia anestesiado que alivia los sinsabores del nadar a contracorriente, pero que no es el más apropiado para abordar una revisión crítica de las iniciativas en las que uno se integra, ni del contexto en el que éstas tratan de incidir.

En los ambientes agroecológicos, que siempre han sido proclives a albergar este tipo de actitudes, la vertiginosa proliferación de redes autogestionadas de producción y consumo de alimentos ecológicos ejemplifica claramente cómo un estado de ánimo cercano a la euforia colectiva puede entorpecer cualquier intento de debate. Los numerosos divulgadores de las cooperativas de consumo suelen limitarse a enumerar las potencialidades y las ventajas innegables que tanto para productores como para consumidores suponen este tipo de organizaciones, pero tal vez por miedo a desalentar a un público que lo desconoce prácticamente todo de estos asuntos, no suelen hacer demasiadas referencias a las dificultades que acompañan a estos modelos más autogestionarios, ni a sus limitaciones en tanto procesos de transformación social.

Estas experiencias se basan en el establecimiento de una relación directa entre la producción y el consumo que depende por entero de la confianza mutua. Ello requiere que los consumidores interioricen que la satisfacción de sus necesidades alimentarias no puede ir en detrimento del apoyo a los productores con los que se organizan y estos, a su vez, deben compaginar las tareas agrícolas con el trabajo propio de un animador sociocultural. Además, ambos tendrán que ir encontrando la manera de superar los pequeños conflictos diarios, si quieren consolidar unas estructuras económicas que solo con el paso de los años consiguen salir de la extrema precariedad.

Las debilidades que presentan los distintos modelos organizativos entre productores y consumidores son suficientes como para merecer un análisis en profundidad que a día de hoy sigue pendiente, pero seguramente lo más preocupante no sean tales problemas de funcionamiento sino la amenaza que supone para estas iniciativas la expansión de la agricultura industrial ecológica. A medida que se multiplica la oferta ecológica y se diversifican sus canales de comercialización, los consumidores no solo tendrán que ser capaces de comprender cuál es la diferencia entre participar en uno de estos proyectos y comprar ecológico en una gran superficie, cosa bastante sencilla, sino de distinguir entre las organizaciones que relacionan su proyecto económico con determinados objetivos sociales y las iniciativas empresariales que para satisfacer sus necesidades lucrativas empiezan a valerse de la terminología y de las prácticas de los grupos de consumo.

Si esta labor pedagógica no se aborda con urgencia, es muy probable que muchos de estos consumidores tan motivados y concienciados acaben optando por una solución más cómoda, que no será, precisamente, la de aquellas cooperativas que tienen un modelo organizativo con claras resonancias políticas.

Basta con conocer mínimamente la historia reciente de la agricultura ecológica para saber que el desembarco del capitalismo verde en los llamados circuitos cortos de comercialización era un acontecimiento perfectamente previsible; y una vez activado el proceso de recuperación, las experiencias que conciben su actividad agraria como una herramienta de cambio social, difícilmente podrán mantenerse si no sitúan en un primer plano el objetivo de construir un espacio comunitario autogestionado. Por el momento, a pesar de que esta opción implique una dedicación constante y un compromiso que trasciende el terreno estrictamente económico o laboral, la supervivencia de este tipo de proyectos e incluso la aparición de nuevas iniciativas muestran que todavía es posible abrirse paso a través de los resquicios del floreciente mercantilismo sostenible. De todos modos, esta constatación resulta poco gratificante pues ninguna de las prácticas surgidas desde la agitación rural ha encontrado la manera de enfrentar una serie de fenómenos, también previsibles, pero que no pueden resolverse simplemente con un buen diseño organizativo ni con una dinámica colectiva ejemplar.

En el plano estrictamente material, la degradación ecológica generalizada y la extrema dificultad para acceder a determinados recursos naturales imprescindibles para la producción agraria (agua, tierra fértil, semillas viables, estiércol relativamente inocuo,...), se convertirán presumiblemente en el escenario habitual.

Por otro lado, la muerte de los últimos testigos del mundo agrario pre-industrial está a punto de consumir la extinción de gran parte del acervo de conocimientos que garantizaron la alimentación de los pueblos hasta fechas recientes y, como bien saben los actuales agricultores ecológicos, las consecuencias de este etnocidio silencioso podrán valorarse nítidamente una vez nos hallemos instalados en el epílogo de la sociedad fósil. A pesar de ello, no serán recordados como los primeros que advirtieron la importancia que pueden llegar a tener los conocimientos campesinos tradicionales en el diseño de sistemas productivos que no dependan del petróleo ni de sus múltiples aplicaciones agrarias, sino precisamente por no haber sabido reaccionar a tiempo ante la pérdida de un recurso tan valioso. Y eso que motivos no les faltan pues la utilización masiva de combustibles, maquinaria agrícola moderna, productos de síntesis o dispositivos de última tecnología por parte de los productores agroecológicos les sitúa ante la misma encrucijada que atenaza el devenir de las explotaciones convencionales.

El recrudescimiento de las condiciones físicas se verá agravado por el progresivo perfeccionamiento de un Estado tecnocrático que irá estrechando el cerco sobre las actividades agrarias, y así como ningún rebaño ha podido eludir la introducción de los chips de identificación, las experiencias productivas que hasta el momento han podido permitirse el lujo de funcionar en un limbo fiscal y legal, se verán obligadas a regularizar su situación o cerrar.

Aunque las funestas perspectivas de este futuro no tan lejano obligan a un replanteamiento integral de las prácticas desarrolladas hasta el momento, los proyectos agroecológicos y las comunidades rurales autogestionadas, para empezar, harían bien en tratar de mejorar aquellos aspectos que a diario reclaman su atención y que prácticamente invalidan la posibilidad de presentarlos como una opción factible, incluso en las circunstancias actuales.

Entre todos ellos, el más acuciante y el que está detrás de casi todos los abandonos individuales y colectivos es la falta de herramientas para abordar los conflictos personales en el seno de estos grupos.

El analfabetismo emocional que impide cualquier intento de construir relaciones conviviales se ha convertido en el talón de Aquiles civilizatorio. De tan extendido, llegamos a identificarlo como una de las miserias inherentes a la condición humana, pero si además nos situamos en un contexto caracterizado por la dureza de las condiciones materiales, por un relativo aislamiento y una endogamia atroz, resulta un obstáculo insalvable y una fuente inagotable de malestar.

Con estas consideraciones no se pretende afirmar que plantearse una acción política radical desde lo rural sea una fantasía paranoide, pero no es de recibo levantar mitos a partir de unas iniciativas que si por algo se caracterizan es por el reguero de dificultades que enfrentan a diario y por la prosaica similitud que presentan con el mundo que quieren transformar -o del que tratan de escapar-.

Si los baños de realidad sientan como una jarra de agua fría a los que se dedican a ofrecer manuales de transición hacia otro mundo posible, tal vez sea porque al contemplar las cosas desde una atalaya, difícilmente pueden tolerar las dudas que atormentan a quien las observa desde una posición menos privilegiada. Sin embargo, cuando uno se ha sumergido hasta el cuello en el cenagal de la práctica, sabe perfectamente que no es la autocrítica sino, precisamente, la mistificación de lo que venimos haciendo lo que contribuye de forma más eficaz a su parálisis.

La administración del desastre ecológico en curso y el pánico ante la pérdida de las seguridades de la sobresocialización industrial han enquistado la necesidad de servidumbre en el inconsciente colectivo, convirtiendo la condición social contemporánea en un inhóspito baldío. Por mucho que nos duela, somos hijos de un tiempo marcado por la erradicación de cualquier vestigio de dignidad y, aunque soñemos con destruir esta realidad que nos desborda, no debería sorprendernos que nuestras tentativas resulten tan insatisfactorias.

No son pocos los que se consuelan pensando que los últimos estertores del *potlatch* del bienestar traerán consigo las condiciones apropiadas para el advenimiento de aquello que tanto han esperado. Se resisten a aceptar que la vida pueda ser tan injusta como para negarles la oportunidad de presenciar este momento, pero cometerían una temeraria imprudencia contra su propia salud mental si no tuvieran en cuenta que las resacas no acostumbran a mostrar la cara más amable y receptiva de la gente. Y por supuesto, deberían tener muy presente que las carencias de nuestras prácticas nos recuerdan insidiosamente que en absoluto estamos preparados para tal eventualidad.

¹ Para evitar malentendidos es necesario aclarar que este comentario y alguno de los que aparecen más adelante no son una referencia directa a ciertos autores que recientemente se prodigan en los ambientes libertarios y antidesarrollistas. La mala costumbre de querer solucionar la vida de los demás está tan extendida como la de opinar sobre cualquier asunto y en absoluto es patrimonio exclusivo de los que en un alarde de arrogante osadía lo transmiten a través de sus libros: los terapeutas sociales anónimos, dispuestos a sentar cátedra en cualquier charla o tertulia donde aparezcan estas cuestiones, son legión.

² *Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible*, René Riesel y Jaime Semprun. Pepitas de Calabaza, 2011.

³ Pocos autores expresan con tanto desparpajo las tesis del totalitarismo ecológico como James Lovelock, el creador de la hipótesis Gaya: 'La inercia de los seres humanos es tan grande que realmente uno no puede hacer nada significativo. [...] Necesitamos un mundo más autoritario. Nos hemos vuelto una especie de mundo impertinente e igualitario en el que cualquiera puede opinar. Todo eso está muy bien, pero hay ciertas circunstancias en las que esto no puede ser así, una guerra es un ejemplo típico. [...] Tengo la sensación de que el cambio climático puede llegar a ser un problema tan grave como una guerra. Puede que sea necesario poner la democracia en suspenso por un tiempo'. En *La ética marxista y el espíritu totalitario*, Ander Berrojalbiz (ed.), ediciones El Salmón, 2011.

⁴ *La formación de las necesidades*, Günter Anders, Etcétera, col. mínima nº 42.

⁵ *La sociedad del espectáculo*, Guy Debord.

⁶ *La condición humana*, Hannah Arendt, Paidós, 2005.

⁷ A modo de ejemplo pueden citarse la red de okupación rural, la red ibérica de ecoaldeas, la red de permacultura, la red por el decrecimiento, el movimiento 15-M rural y la alianza por la soberanía alimentaria. Por no hablar de otras redes regionales o redes vinculadas al sector de la agricultura ecológica y al sindicalismo agrario.

⁸ Sobre este asunto ver: 'Acción política y vida cotidiana en los núcleos rehabilitados de los Pirineos', Nafarroako Herri Okupatuak, en *Los pies en la tierra*, autoría colectiva, Virus editorial, 2003.